

LA BATALLA DE LA HISTORIA

Donosti (2002.1.1)

Entrar a discutir sobre la objetividad intrínseca de las ciencias humanas en general y de la historia, en particular, no es asunto de este artículo. La constatación de que la historia ha sido demasiadas veces utilizada con fines partidistas evita que nos hagamos ilusiones sobre su deseada imparcialidad. El filósofo escocés David Hume decía hace más de dos siglos que "cuando nuestra nación entra en guerra con otra, abominamos de ésta con toda el alma y la llamamos cruel, injusta y atropelladora; en cambio a nosotros y a nuestros aliados nos calificamos de homados, razonables y hasta indulgentes. En boca nuestra, nuestras traiciones son actos de prudencia, nuestras crueldades son una necesidad. En suma, nuestros defectos nos parecen pequeños, insignificantes y no pocas veces les damos el nombre de la virtud que se les contrapone". Descripción concisa y exacta de lo que suele ocurrir en presencia de la ineludible violencia inherente a la confrontación política, desemboque o no en contienda bélica. Precisamente uno de los signos evidentes de que el conflicto está empezando a perder virulencia, es decir de que comienzan a borrarse los confines que lo enmarcan como estricta cuestión política, es que el lenguaje en torno al mismo va paulatinamente adquiriendo tintes de aparente hermandad universal. Cualquier invasor debe ser siempre amante de la verdad, la moral y la paz para justificar la invasión mientras ésta dure pero también complaciente con el vencido para evitar el rechazo a su dominación una vez establecida. Para ello, hacia el final del proceso de asimilación e integración, mientras el perdedor asume ya la moral del vencedor y hasta se siente culpable de las pequeñas molestias que todavía ocasionan sus agónicos estertores, los vencedores hacen manifestaciones de amistad y comprensión hacia los vencidos. Al mismo tiempo que, por un lado, la victoria queda definitivamente revestida de humanitarismo, de ética y de universalidad, por otro, loas y cánticos a las víctimas del presente (Los Persas de Esquilo, La Iliada, algunas recientes películas sobre los indios americanos, etc.) ponen la guinda al proceso. Es señal inequívoca de que los vencedores se sienten ya seguros de su victoria. Si atendemos a los medios de comunicación hispanos (en Francia, de acuerdo con el principio sustentado, la cuestión es, hoy por hoy diferente) no parece que los vascos hayamos entrado todavía, afortunadamente, en esa última fase, es tal el odio, apenas disimulado, que destilan. En cualquier caso el proceso de integración totalitaria avanza en estos momentos a pasos de gigante hacia ese estadio y, si lo alcanzamos, los mismos que ahora nos tildan de inhumanos ensalzarán más tarde nuestras desaparecidas virtudes.

Entre tanto la historiografía española, hasta nuestros días, es un continuo ejemplario de utilización interesada de la letra al servicio del nacionalismo. Azurmendi en su libro Euskaldunak eta Españolak ha puesto de manifiesto muchos ejemplos y actuaciones concretas de este doble uso del lenguaje al que se confiere loable o positivo valor cuando hace referencia a uno mismo y peyorativo cuando lo utilizan o se les atribuye a los demás.

A guisa de ejemplo haremos tres cortes en el transcurrir conflictivo de las relaciones vasco-españolas para dejar constancia del carácter "científico" de la historiografía española, sobre todo cuando está en juego su constante e inveterado afán de integración totalitaria de nuestro pueblo, objetivo prioritario del estado español hasta nuestros días y para cuyo logro sirven -amén de otras formas de violencia indiscriminada- todas las deformaciones y manipulaciones tras cubrir las con el barniz de la "racionalidad" en boga. La historiografía francesa es, sin duda, igual de encarnizada y mendaz, pero más sutil y enmascarada.

1. Los siglos XV y XVI albergan en su seno los primeros conatos de creación de un moderno estado imperialista que abarque toda la península y las colonias de ultramar. Por otra parte el descubrimiento de América suscitó entre los estudiosos la disputa (principalmente teológico-canónica) acerca de la legitimidad de la conquista y de la esclavitud. En 1512 se reunían en Burgos, por iniciativa real, teólogos y expertos en leyes para tratar el tema. En sustancia se trataba de dar cobertura intelectual a la conquista y servidumbre posterior de los indios. Pero, por fortuna, el fraccionamiento del poder ha hecho que el pensamiento crítico nunca haya podido ser abolido del todo por los defensores a ultranza del dogmatismo y la irracionalidad y en diversos lugares de Europa podían oírse voces que ponían en solfa la pretendida evangelización hispánica. Había, pues, que aliviar la conciencia del rey Católico, por lo que teólogos y hombres de letras rivalizaron en redactar toda suerte de tratados intentando justificar desde la teología (master science de la época) la conquista y explotación de los aborígenes americanos. Me interesa destacar entre ellos al Doctor (los títulos siempre han importado mucho en España) Juan López de Palacios Rubios, que escribió una obra titulada "Sobre las Islas del Mar Océano" en la que se defendían íntegramente, en fondo y forma, las actividades etnocidas de la monarquía española en el continente recientemente descubierto. Pero esta obra es de tan escaso valor, tan vulnerable a la crítica de su propia época, que no mereció difundirse y apenas sabríamos de su existencia si el Padre Vitoria no nos lo hubiera notificado. Sin embargo, el mismo Doctor, con idéntica intención y utilizando idénticos argumentos, redactó por esas mismas fechas un libro "Sobre el Derecho y la Justicia de la Conquista del Reino de Navarra". Este libro se editó varias veces y tuvo amplio eco en España, libre de la crítica internacional que, poco más o menos como ahora, cerró los ojos, en función de sus propios intereses, a la política interior del monarca español. A tono con los requerimientos del referido autor se "lograron" las bulas oportunas para que el duque de Alba invadiera, armado también, por si acaso, de otras "razones" menos teológicas, el reino de Navarra y lo sometiera al dominio de la corona española.

2. El siglo XVIII genera semillas de libertad que llegan hasta Euskalherria. Por otra parte los estados despóticos de Europa -el español entre ellos- buscan adaptarse a las nuevas circunstancias. Ha pasado ya el tiempo de las monarquías de origen divino y es preciso modernizar el estado para seguir manteniendo su estructura despótica. El estado napoleónico muestra el camino a seguir. Pero para ello hay que combatir y derrotar los focos de resistencia que representan los diferentes pueblos sometidos de la península. La batalla ideológica se centrará, una vez más, en el campo de la historia. Godoy comprará

literalmente los servicios del canónigo riojano J.A. Llorente a fin de cubrir de lodo y sinrazón todo nuestro pasado. Este siniestro personaje escribió, a sueldo del gobierno español, un libro titulado "Memorias Históricas de las Cuatro Provincias Vascongadas" preparando el camino para la abolición violenta de las libertades de nuestro país, irreconciliables con los objetivos totalitarios del estado español. Estamos ante un nuevo ejemplo del modo de escribir historia neutral "justa", "crítica" (Balparda es otro ejemplo), "científica" - propio de la mercenaria intelectualidad española. Incluso aquellos que han criticado diversas actuaciones y opiniones del nada escrupuloso canónigo español están, ¡cómo no!, de acuerdo con sus puntos de vista sobre nuestro país, "por más que les pese a los vascófilos radicales" .

3. El tercer corte (si cabe realizar cortes en un proceso ininterrumpido de engafio y envilecimiento) tiene lugar antes y después de lo que los autores españoles han denominado transición política. Es decir, de totalitarismo a totalitarismo..y quedamos en lo mismo. (Ruego al lector que -por una vez, lo juro- me perdone el ripio). La sospecha de que pudiéramos aprovechar la coyuntura para conseguir las libertades que veníamos reclamando desde hace muchos siglos, despierta de nuevo el interés de los "intelectuales" españoles por la cuestión vasca. El terreno de la historia es de nuevo uno de los escenarios preferidos. A finales del siglo XX se impone proyectar sobre el tema los métodos y las categorías de la "ciencia" a fin de superar las creencias, mitos y vagas tradiciones sobre las que los vascos apoyamos -según ellos- nuestras reivindicaciones. Quienes no conozcan el fondo y la dimensión del problema case se asombrarán de que tantos escriban tanto sobre un asunto que no tiene más base real -dicen- que la pura mitología transmitida de generación en generación en el seno de hogares ignorantes. Alvadalejo, Aranzadi, Fusi, García de Cortazar, Otazu, etc. etc. son los encargados actuales de proseguir, con los criterios de siempre, la labor del Doctor de Palacios Rubios y del Canónigo Llorente. Se trata de que la diosa Razón ilumine, por fin! la conciencia de la "fauna vascongada" asentada secularmente en el mito y la sinrazón y la oriente definitivamente por el camino de la ciencia española. Pero -¡ya es casualidad!- la principal aportación hispánica al acervo científico de la humanidad consiste, precisamente, en la demostración de que la ciencia española no existe.